



C & P

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación: Historia, Archivística y Redes de Investigación

Número 8, 2017, pp. 614-621 • ISSN 2027-5528 Web

La épica y el respeto al enemigo

The epic and respect for the enemy

Fabián Gutiérrez Saavedra
Universidad Industrial de Santander



La épica y el respeto al enemigo

Fabián Gutiérrez Saavedra
Universidad Industrial de Santander

Estudiante Escuela Economía y Administración de
la Universidad Industrial de Santander. Integrante
*Semillero de investigación en Crecimiento y
Desarrollo económico* UIS.

Correo Electrónico: fabian.gt@hotmail.com

Resumen

La literatura conserva un arquetipo que ha desaparecido hoy día: el héroe. De igual manera los valores que lo sustentaban peligran, como el respeto a los enemigos o la serenidad ante la muerte, y quien los posea es visto como un insensato o un imbécil. La instauración del cristianismo y la creación de los Estados tuvieron como resultado el origen de odios infundados entre personas que no se conocen; su origen estriba únicamente en que son diferentes.

Palabras Clave: Héroe, épico, enemigo, respeto, cristianismo, Estado.

The epic and respect for the enemy

Abstract

Literature preserves an archetype that has disappeared nowadays: the hero. In the same way, the values that supported it are endangered, such as respect for enemies or serenity in

the face of death, and who owns them is seen as a fool. The establishment of Christianity and the creation of States resulted in the origin of unfounded hatred among people who do not know each other; Their origin is only in that they are different.

Keywords: Hero, epic, enemy, respect, christianity, State.

En la película *Beowulf* del 2007, basada en el poema sajón, hay un suceso que tiene un sabor inconfundible. La escena transcurre así:

“El rey Beowulf está en una batalla contra los frisios. Terminada la contienda los soldados del rey tienen a un frisio entre ellos a quien están golpeando. Beowulf les dice: *Déjenlo... ¿Creen que está bien humillar a un oponente de esa forma?...que muera en un instante, con un poco de honor.*

El frisio le grita: *¡Cobarde, mátame tú mismo!*

Beowulf detiene la ejecución, se baja de su caballo, ordena que lo suelten y pregunta: *¿Quieres matarme?* El frisio se levanta y dice: *Soy Finn de Frisia, y mi nombre será recordado por siempre.*

Sólo si logras matarme dice Beowulf. Luego desenvaina su espada, la tira al suelo y poco se va quitando la armadura hasta mostrar su pecho desnudo al frisio, mientras tanto va diciendo: *¿Tú crees que eres el primero que intenta matarme...o el centésimo?...déjame decirte algo frisio, los dioses no dejarán que muera por tu endeble arma...los dioses no dejarán que muera mientras duermo en mi vejez. Clava tu hacha aquí* (mostrando su pecho desnudo) *Finn de Frisia, toma mi vida.* El frisio no es capaz de asesinarlo, Beowulf mientras tanto le seguía diciendo *¡Asésiname!...¡mátame!* El frisio tira su arma al suelo y se arrodilla avergonzado. Beowulf entonces dice: *¿Sabes por qué no puedes matarme frisio? yo morí hace muchos, muchos años atrás cuando era joven.* Se va y les dice a sus hombres: *denle un poco de oro y envíenlo a casa, tiene una historia que contar”* (Beowulf, 2007).

Esta escena tiene lo que Borges llamó alguna vez *El Sabor de lo Épico*. Es remarcable lo que sucede en ella. Un hombre es humillado y el rey quiere que conserve su honor asesinándolo de una vez, el hombre le llama cobarde y el rey lo encara y desnuda su pecho para que ese hombre lo mate, el hombre no puede, la situación es de un orden tan elevado que tal vez siente que no debe dañarla con la muerte. Luego Beowulf le perdona la vida y lo premia... a él, al enemigo.

El autor argentino lamentaba el hecho de que en la época actual no se apreciara lo que en su primer momento fue la literatura: la historia de héroes, sus hazañas y aventuras. De esta forma empieza la literatura, los poetas empiezan cantando las aventuras y hazañas de los grandes personajes antes que sus tristezas venturas personales. Y la razón puede ser esta: los gobiernos están empeñados en su propaganda nacionalista que sólo infunde odio en las personas, la política de los gobiernos ahora concibe al enemigo como un objetivo exterminable. Por eso no se entiende o no se conmueven con esta actitud del héroe, la del respeto al enemigo y su postura ante su propia muerte.

Aquiles cuando asesina a Héctor no tiene respeto alguno por él, su odio lo cegaba pues el troyano mató a Patroclo. Pero aquí el odio tiene su origen en la ira que sintió el griego al enterarse de la muerte de su compañero, era pasional, no quiere decir que odiara a cada troyano. El mismo Aquiles se apiada de Príamo cuando va a reclamar el cuerpo de Héctor. Lo que intento demostrar es que el héroe épico tiene un respeto por el otro, por el que está enfrente de su espada. Sabe que es un ser humano y que merece mantener intacta su dignidad. En la antigüedad la expresión *Victis Honos* expresaba que los vencidos, aun en la derrota, merecían respeto.

Hay otro aspecto que también es digno de ser mencionado. Platón plasma así las últimas palabras de Sócrates cuando éste bebió la cicuta: “Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo descuides”. (Platón, Fedón. 1966, p. 151). Un gallo, ¡un simple gallo! Acá no importa lo que Sócrates quiso decir con tales palabras. Para el espectador que lo vive por primera vez todo pasa muy rápido y lo más perceptible son las

emociones que cargan la atmósfera. Así que no importa el significado de tales palabras, lo importante es el sabor del momento. Y lo que sucede es que Sócrates no da un discurso patético sobre la vida y la muerte, un discurso que hubiera conmovido a quienes le acompañaban en ese último momento, un monólogo que sintetizara toda su vida o que hiciera eterno lo que sentía en ese momento. En vez de eso, sólo le habla a su amigo sobre un tema banal, tal cual como si no estuviera a punto de morir. Eso es épico, a pesar de que Sócrates no sea un héroe. Y eso es parte de la personalidad del héroe: su temple ante la muerte. Para los héroes épicos la muerte es sólo un paso más, una acción que no difiere en mayor medida de comer o dormir. Para Sócrates la muerte era sanadora, soñó con una hermosa mujer que le decía que en tres días iría a Ftía¹, su verdadera patria (Platón, Critón). Héctor sabía que moriría si peleaba con Aquiles pues peleará con un semidios, aun así va y pelea...y muere. Beowulf le pide al frisio que lo asesine.

El sabor de lo épico está en ese lugar, en la conquista de la muerte. Los héroes son guiados por sus pasiones, no importa si es su hambre de gloria, de reconocimiento, honor o poder, en sus aventuras la muerte es su más fiel compañera y ellos saben que detrás de toda decisión se esconde la posibilidad de morir. A ellos no les importa su muerte personal.

Con el establecimiento del Cristianismo todo cambió. En la religión cristiana el hombre debe vencer a las pasiones, como la gloria y el reconocimiento, y fundamentar sus acciones en el espíritu, no en el cuerpo. Beowulf lo reafirma: “Los monstruos ahora somos nosotros Wiglaf. Los héroes ya no existen. Gracias al Dios cristiano dejó a la humanidad sin nada más que simples mártires, vergüenza y miedo.” Quizás el miedo se basa en el miedo al juicio con Dios, en el indeseable suceso de la muerte antes de tiempo, pues si morimos antes de que nos arrepintamos de nuestros pecados, y hemos cometido muchos, es seguro que el infierno será nuestra siguiente morada. De modo que la muerte ya no es vista como una simple acción igual a otra, ya no es la cura para todos los males; ahora es el hecho trascendental de la vida y es la que rige nuestras acciones, nuestra concepción de lo que hay detrás de ella es lo que marca la pauta para la organización de nuestra vida.

¹ La patria de Aquiles. Sócrates al morir esperaba alcanzarla.

El hecho que denuncia Beowulf es trascendental: desaparece el héroe y aparece el mártir. La RAE define a los mártires como aquellos que sufren por defender su religión o sus ideales. La fe incita al odio contra los herejes, a quienes ve como los enemigos de Cristo. La frase “amad a vuestros enemigos” se refiere únicamente al enemigo personal no al enemigo público, al no creyente. Quizás allí es cuando primero se ve la oposición amigo enemigo: en la religión contra los no creyentes.

La postura ante la muerte del héroe y el mártir, aunque parezca un aspecto inocuo, esconde más de lo que se cree. El primero la ve como un paso más, un descanso de la vida terrena. Para el otro la muerte es definitiva, la salvación. Durante su vida el mártir debe luchar contra el diablo, todo lo que sea enemigo de Cristo es un objetivo digno de exterminar porque está en contra de la verdad, es un obstáculo en el camino al paraíso. Con la llegada de la edad moderna y la secularización de las expectativas cristianas de salvación la obra cambió de nombre pero la trama y los actores siguieron siendo los mismos. La salvación mutó de nombre y ahora se entiende como progreso y se interpretó la historia como si tuviera una racionalidad propia y se le dio un acabamiento a la historia.

Cada acto de las sociedades y de los hombres estaba en función de un fin, por ese fin vivían y morían. Cuando se hizo la conquista de América ya había sido descubierta hacía siglos por vikingos en sus continuas aventuras. Ellos eran individualistas, de modo que las aventuras y hazañas eran sólo suyas y ninguna colectividad podía apropiarse de ellas. En cambio, cuando llegaron España y Portugal la conquista se hizo en función de las coronas española y lusa y, sobretodo, de la religión católica. De este modo, el hallazgo de Colón no era suyo, era de todos los españoles a quienes Dios había premiado por haber expulsado a los moros de sus tierras.

Las sociedades entendieron sus ideales como la verdad y lo interpretaban más o menos así: “Yo tengo el camino al paraíso, la verdad, lo único que necesito es poner al resto de la humanidad en ese sendero. Lo que yo haga no es mi responsabilidad, es el destino el que me trajo hasta acá, yo sólo respondo al llamado.”. Carlos Castaño, en una

entrevista que le hizo Caracol Televisión, dijo que él no tenía la culpa de haber entrado en la guerra colombiana, que fue la guerra la que tocó en su puerta y él sólo respondió el llamado.

Y concebir la historia de esta manera, creerse como el portador de la verdad es quizás lo más peligroso que hay. Cuando llegaban los paramilitares a los Montes de María se hacían llamar “Héroes De Los Montes De María” y su excusa para asesinar era que estaban limpiando al país de la plaga comunista, que deberían agradecer porque lo hacían por el progreso del país. Y la situación se torna absurda: ellos llegan y matan a mis familiares, a mis amigos y a mis vecinos... ¿Y aun así tengo que agradecerles y llamarlos héroes? Y la verdad no importa si el que porta el arma es del Ejército Nacional, de las FARC o de las AUC y su lucha es contra el terrorismo, el capitalismo o el comunismo, al final sí hay responsabilidad pues es esa persona la que decide si tirar del gatillo o no, la historia no lo obliga. Tal y como lo dijo Hannah Arendt: pensar no es adquirir conocimiento, es saber discernir sobre lo bueno o lo malo de mis acciones.

Es notable que antes, cuando una cultura o civilización era conquistada, sus dioses y creencias era adoptados y resguardados por el conquistador. Las culturas indígenas más grandes de América conquistaban a las más pequeñas, pero sus dioses y templos eran respetados e incluso en el templo del conquistador se hacía un lugar para los nuevos dioses que consiguieron. Alejandro Magno hizo lo suyo, sus conquistas no estaban basadas en ningún ideal, sólo en la grandeza del Imperio Heleno y a medida que avanzaba hacia Oriente se encontraba con culturas exóticas para él, pero las respetó y dejó sus creencias intactas, incluso contraía matrimonio con alguien de ese lugar. El cristianismo, por su parte, cuando llegó a América lo que hizo fue destruir y ocultar lo que encontró y sobre esas ruinas erigió su iglesia. Y lo llamativo es que se hizo por una buena razón que era la salvación del alma de los indígenas, de los paganos. Los españoles eran los portadores de la luz, de la verdad.

El fin de lo épico y del arquetipo del héroe también tiene que ver, en gran parte, con el nacimiento del Estado moderno. Los Estados se crearon con el deber de garantizar al individuo una muerte no violenta, dejarlo que se vaya de muerte natural, que viva lo que más pueda. Nace como un mecanismo de seguridad, el triunfo de la razón.

Borges hace una crítica de todo esto en *Otras Inquisiciones*. Dice que “para el argentino, aforismos como el de Hegel “*El estado es la realidad de la idea moral*” le parecen bromas siniestras” (Borges, 2007, p. 43). Las ilusiones de patriotismo no tienen buen término. Resulta deplorable que los gobiernos inciten a sentirse orgulloso por su patria, a haber nacido dentro de un territorio delimitado, que el lugar de nacimiento le dé características casi divinas al hombre o mujer que nació allí. A la larga eso termina creando odios y resentimientos entre las personas, quienes ya se creen diferentes por haber nacido tres metros a la izquierda o tres metros a la derecha de una frontera.

El dividir al mundo en distintas naciones, cada una tratando de sobresalir por encima y a pesar de la otra resulta en la separación de los individuos, quienes cada vez son más adversos a lo que venga más allá de sus fronteras. Ya no se puede hablar de cosmopolitismo como tal. Ahora ya no somos ciudadanos del mundo, somos ciudadanos de tal país “X” y el mundo se nos abre dependiendo de nuestro origen y lo que se esté permitido mostrarnos. El problema con los nacionalismos es que ya no sólo no se respeta al enemigo, ahora también se odia todo lo que sea externo a las fronteras, no importa su naturaleza. Es molesto que el Estado intervenga en nuestras vidas de esta forma, de modo que ya no sólo es un promotor de la desigualdad social y económica, ahora es también el divulgador del odio entre personas acabando con lo que queda de la solidaridad humana.

El Estado ahora es el que decide quien es *enemigo* y quien es *amigo*. Se habla de terrorismo y de que el otro es un terrorista, pero el terrorismo no es un bando político, es un método de guerra que consiste en crear terror entre los mismos pobladores y tratar de exterminar al otro. Lo que se busca es el asentimiento de la masa para poder ir a acabar con el otro, de legitimar su muerte, de modo que las muertes que se den no sean culpa sólo del

jefe de Estado sino de toda la Nación. La administración Bush lo hizo con Al Qaeda y durante el gobierno de Uribe se hizo con las FARC.

Así que es posible que el odio al enemigo no nazca de un miedo hacia él, no es un miedo a la destrucción en cuanto tal, el mayor miedo es que los ideales imperantes pierdan fuerza o vigencia, sin importar si los del otro sean válidos. Es como si “equivocarse” fuera equivalente a morir, que si los ideales que se tienen ya no tienen validez ya no vale la pena vivir (es curioso el hecho de algunos académicos marxistas que luego de la caída de la URSS actuaran como si se les hubiera borrado la memoria y su discurso se hubiera acabado). Ya no sería una batalla por la vida, sería una batalla por *cuál sentido de vida es mejor* y perder la batalla equivaldría a estar flotando en la inmensidad de la nada, a una muerte sin muerte. Es como si el respeto por el enemigo dependiera de qué tanto se está dispuesto a equivocarse, a morir, a dejar que la vida pierda sentido.

Bibliografía

Borges, J. L. (1976). *Obras Completas II*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Platón (1969). *Apología de Sócrates, Critón y Fedón*. Barcelona: Ediciones Orbis.

Filmografía

Bing, S. (productor) y Zemeckis, R. (director). (2007). *Beowulf* [Cinta cinematográfica]. Estados Unidos. Shangri-La Entertainment Image Movers